

LOS ESTADOS UNIDOS PIERDEN UNA GUERRA

TRIENTA años de guerra están terminando en Indochina. «Están terminando» es una figura de dicción histórica: pueden pasar todavía años hasta un ajuste definitivo, en luchas por el poder, en saldo de odios y rencores, en las amarguras de la rehabilitación económica de un país torturado como pocos lo han sido en la historia. Un país sometido al napalm, a la defoliación de sus zonas agrarias, a la explosión por bombardeo de su sistema de diques, a una corrupción sin límites, a una desmoralización profunda por la acción del dinero y el poder de sus ahora derrotados conquistadores. Hasta que una paz verdadera y estable reine en Vietnam, en Camboya, en Indochina, tienen que pasar todavía muchas cosas y muy duras. Oiremos pronto hablar de la dictadura férrea, de la intolerancia, de la represión. Sea cual sea el régimen que termine por implantarse en Vietnam —y probablemente en toda la península indochina—, tendrá que hacerlo con dureza y tendrá, sin duda, luchas internas. Habrá que considerar lo que suceda como una consecuencia, un residuo del pasado, de los treinta años de guerra especialmente mortífera y especialmente deshonesta en cuanto a sus planteamientos: como una secuela y no como una hipoteca del futuro, como una señal de lo definitivo.

LEVANDO la cuestión a las grandes líneas, el hecho fundamental es que los Estados Unidos han perdido una guerra. El reconocimiento de esta guerra perdida está hecho ya por el ministro de Defensa, Schlesinger, al decir que la «nueva línea de contención del comunismo (en Asia) pasa ahora por las islas Formosa, Filipinas, Japón». Esta línea deja atrás algo más que Camboya y que Vietnam. Deja atrás Laos, donde en cualquier momento se puede romper la frágil alianza —puro compromiso— entre los monárquicos y el Patet Lao, sobre la figura, igualmente frágil, del príncipe Suvana Fuma. Deja atrás Birmania, deja atrás Tailandia, cuyas guerrillas son cada vez más activas, y tendrán un refuerzo considerable cuando se consume la caída total de Vietnam y de Camboya. La famosa tesis de las «fichas de dominó» no es inexacta. Cuando cae la primera, caen las demás de la fila.

LA línea nueva en la que según Schlesinger se sitúa la frontera exterior del imperio de los Estados Unidos en Asia es muy frágil. En Japón crece cada vez más la idea de la desmilitarización, del neutralismo. Sus relaciones con China se profundizan, mientras se realiza una nueva diplomacia con la Unión Soviética. Japón no tiene ningún deseo de que algunas de sus islas sirvan de bases militares a los Estados Unidos. La implantación norteamericana es mucho más fuerte en Formosa y en Filipinas; tiende ahora a aumentar. En Filipinas depende de la dictadura del Presidente Marcos, continuamente amenazada por una oposición dura, por guerrillas, por atentados, por conspiraciones. En Formosa todo depende de lo que suceda a partir de la sucesión de Chiang Kai-shek. China sigue reivindicando su soberanía sobre Formosa, y de alguna forma lo han reconocido los Estados Unidos cuando en la visita de Nixon a Pekín se afirmó que era un asunto interior de China a resolver entre sus propios nacionales. La «línea de defensa» nueva está basada, según la filosofía y la doctrina antiguas en los

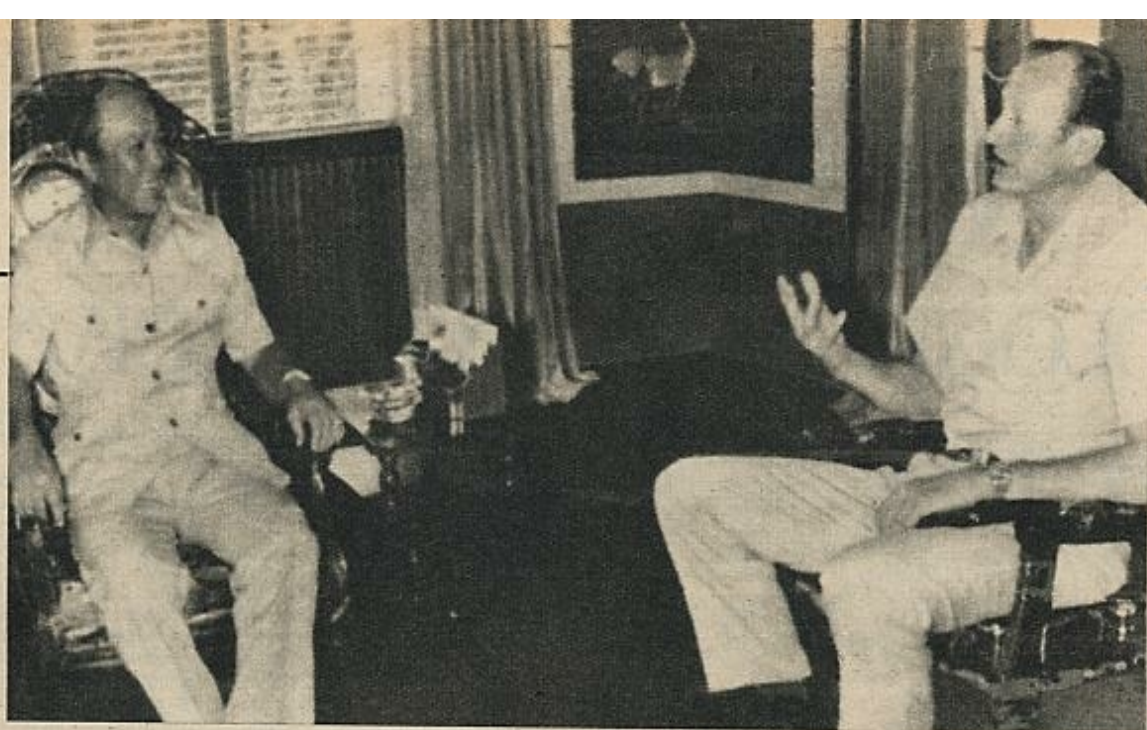
Estados Unidos, establecida en los tiempos de Foster Dulles: el apoyo de los regímenes duros. Un sistema que ha quebrado, porque en realidad no dejaba alternativas a la libertad y además se presentaba como una pérdida de independencia. Puede quebrar también fácilmente, con el tiempo, en Formosa y en Filipinas.

NIXON decía que no quería ser el primer Presidente norteamericano que perdiese una guerra. Aparte de la inexactitud de la frase (Corea fue ya una guerra perdida; si se hubiese declarado, habría servido de lección), si Nixon no ha asistido al final de la guerra en la Casa Blanca ha sido por otros motivos: pero su contribución a perder la guerra ha sido de las más notables. Sobre todo, con su adjunto Kissinger, ha perdido algo mucho más grave: la paz. En el cúmulo de errores iniciados a partir del momento de la intervención directa (el envío de «consejeros» y el apoyo a Ngo Dinh Diem para que incumpliese los acuerdos de Ginebra —la descolonización francesa—, por los cuales se debían celebrar elecciones generales para reunificación del país provisionalmente partido), los más espectaculares han sido los terribles bombardeos de Nixon, mucho más dañinos para el país que el éxodo por el que lloran ahora las almas sensibles que fueron antes insensibles y que aplaudían, y la paz falsa de París. Como una muestra de antisagacidad, de antipolítica y de incapacidad militar, quedará para siempre la invasión de Camboya, cuando este país era neutralista.

LA paz de París podía haber servido para concertar un régimen político inteligente en Saigón, que hubiese sido capaz de ofrecer una alternativa democrática. Y que hubiese conducido, después, a las famosas elecciones de reunificación que se habían incumplido. En su lugar, Kissinger-Nixon apostaron sobre personajes crueles y corrompidos, como Cao Ky o como Van Thieu, como el ahora fugitivo Lon Nol en Camboya. Es decir, aumentaron las razones de resistencia y de acción contrarias. Van Thieu, con el apoyo de los Estados Unidos, ha ido eliminando —a veces



Un grupo de civiles, conversando con los soldados del Ejército de Liberación, tras la conquista de Hue.



La paz de París podía haber servido para concertar un régimen político inteligente en Saigón, que hubiese sido capaz de ofrecer una alternativa democrática. En su lugar, Kissinger-Nixon apostaron sobre personajes crueles y corrompidos como Van Thieu —a la izquierda, con el general norteamericano Frederick Weyand— o el ahora fugitivo Lon Nol, abajo.

fisicamente— a todos quienes representaban una alternativa democrática y moderada. Se quedó solo, con su propia fiereza. Prolongó la guerra, prolongó el enorme negocio de la guerra en Vietnam, con la ayuda de los mercaderes de armas, de los especuladores de Estados Unidos. Ahora, los Estados Unidos, que quisieron salvar la guerra y salvar la cara, han perdido las dos cosas.

HAN perdido, por lo tanto, su credibilidad. En Asia, sobre todo. Será difícil que los nuevos países «protegidos» por los Estados Unidos no tengan el horrible temor de quedarse solos a la hora de la verdad, y de escuchar la misma frase epitafio de Ford a la guerra de Vietnam: «Esta guerra no es nuestra». Cuando, en realidad, ha sido suya desde el principio hasta el final. En esta guerra los Estados Unidos han perdido además de los cincuenta y cinco mil jóvenes que dejaron su vida en el campo de batalla y los cientos de miles que regresaron heridos, el equilibrio de su sociedad, su prestigio militar y moral en el mundo, su credibilidad. Su capacidad para negociar una paz, a pesar del precipitado e insensato Premio Nobel que le fue discernido a Kissinger (Le Duc Tho, que lo recibía al mismo tiempo, lo rechazó: sabía que aquella paz no era verdad. Kissinger también lo sabía, pero...).

LA explotación que se está haciendo en el mundo del éxodo de los vietnamitas es un abuso más del dolor y el sufrimiento de un pueblo. Los que se van son infinitamente menos que los que se quedan. Los que se van huyen en parte de la guerra en sí, que no distingue: huyen de los bombardeos de Van Thieu. Huyen también de una propaganda: la que les ha creado el machaqueo incesante de que los que llegan matan y violan (las informaciones, por el contrario, hablan ahora de saqueos, matanzas y violaciones; parte del ejército de Saigón, que se retira). Se puede ver en este éxodo unos culpables directos inmediatos: las fuerzas del Gobierno Provisional que avanza. Es estúpido creer que hay guerreros buenos y guerreros malos: la actuación del hombre está siempre ligada a su contexto y a su situación. Por lo tanto, lejos de cualquier comentario honesto, la tentación de decir que los que avanzan son solamente respetuosos y sonrientes, como la de decir que son representaciones satánicas del mal. Pero la causa lejana de este éxodo es la guerra en sí, y los culpables son los que han originado la guerra y no han sabido hacer la paz. Este penosísimo éxodo, por el que cualquier conciencia humanitaria ha de sentirse compungida y deseosa de ayuda, es el segundo filo de un arma de propaganda: si la tensión creada por ella sirvió un tiempo para mantener la lucha frente al enemigo, se convierta ahora en una desbandada de quizá un millón de personas —el país tiene treinta— que hace imposible la defensa, que inunda las ciudades, que acapara los medios de transporte y que dificulta la última defensa.

Si la guerra de Vietnam la han perdido los americanos y el gobierno de Saigón durante muchos años de errores, las causas inmediatas aparecen oscuras. El ejército de Van Thieu seguía siendo mucho más numeroso y mucho mejor pertrechado que el del Gobierno Provisional Revolucionario. Aun en estos momentos, el ejército de Van Thieu tenía una aviación militar facilitada por los Estados Unidos que representaba la tercera fuerza aérea del mundo (inmediatamente después de los Estados Unidos y de la Unión Soviética). La acusación de Kissinger al Congreso de que Vietnam y Camboya se pierden por falta de créditos y de envíos de armas no tiene verdadero sentido (tiene uno, político: desplazar la responsabilidad de la derrota al estamento democrático del país, tratando de desplazarla del ejecutivo). Se ha emitido la idea de que Van Thieu tuvo la malhadada idea de dejar que se produjesen algunas derrotas para forzar así los nuevos créditos americanos y mantener el negocio de la guerra: esas derrotas provocadas habrían ido mucho más lejos de lo previsto. La idea es disparatada a simple vista, pero como todo el tema



se mueve entre personas sin demasiada inteligencia y con una vocación bien probada por el disparate, no hay por qué desecharla. Se ha dicho también que es la caída de Camboya la que se ha contagiado a Vietnam, volviendo así por pasiva la idea política de Nixon-Kissinger: invadir Camboya para salvar Vietnam.

EN todo caso, parece fruto de una desmoralización general. Los soldados y los oficiales han abandonado armas y bagajes, y simplemente han huido. No hay noticias de verdaderas batallas. Es simplemente un hundimiento de los frentes.

UNA guerra de treinta años acaba. Una guerra que ha producido millón y medio de muertos en los ejércitos vietnamitas, de cinco millones y medio de muertos y heridos civiles, que ha soportado en su territorio diez millones de toneladas de bombas. Va a ser muy difícil estabilizar el país sobre estas bases.

PERO sus consecuencias pueden servir muy bien de lección para otros países, y muy especialmente para los europeos, tan proclives a dejarse llevar de alianzas y pactos. ■